

INTRODUCCIÓN

El dramaturgo inglés William Shakespeare (1564-1616) fue un gran dramaturgo, quizá el mayor, y como tal puede considerársele también como uno de los grandes maestros espirituales de la humanidad. Su mismo nombre es profundamente significativo desde la perspectiva sufí, ya que el nombre ‘Shakespeare’, como ya han señalado algunas autoridades en el sufismo, puede dividirse en dos términos que aluden a la figura del maestro sufí: *Šayḥ* (maestro) por una parte, y *Pīr* (maestro fundador de una *tariqa* o vía sufí) por otra. Sin embargo, la intención del presente libro está muy lejos de querer demostrar que Shakespeare era sufí, lo que es irrelevante y quizás indemostrable. El propósito de este escrito es, por una parte, hacer una lectura en clave sufí de la obra shakesperiana, poniendo de relieve los principios universales comunes, y por otra avalar el método sufí como vía iniciática para la realización espiritual de estos principios.

La premisa central del islam y por ende del sufismo es la de la Unidad y Unicidad divinas: Dios (*Allāh*) es Uno (*Aḥad*), y toda la existencia es una manifestación o auto revelación de esta Unidad absoluta e indefinible. Por tanto, la multiplicidad presente en el mundo es querida por el cielo, pues a través del otro, mediante la diferencia y la oposición aparente, a través de la dualidad, las cosas llegan a ser lo que son; lo bueno y lo justo brillan con más intensidad cuando se ven contrastados con sus contrarios, la maldad y la injusticia. Este tema viene ya de antaño, pues por ejemplo el filósofo griego Heráclito hablaba de la tensión de los opuestos, como los dos extremos de un arco tensado por una cuerda, tensión que mantiene en equilibrio y permite que la flecha sea disparada. La pluralidad no es en vano, es para un fin superior.

El teatro es un reflejo de este juego de opuestos. Es significativo que la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamase el 2010 la primera semana de febrero, en sincronía con la fiesta de carnaval, como la Semana Mundial de la Armonía Inter confesional. Y es que el Carnaval, una de las expresiones del teatro de la que participan pequeños y mayores, es una metáfora del gran teatro que es el mundo. Pero además, a un nivel simbólico y según la perspectiva de la Unidad del Ser, el teatro es una alegoría del proceso de manifestación o auto revelación divina. La Esencia divina (*ḡāt*), misterio de misterios, indescriptible e inasible en sí misma, se autorevela sin embargo a través de los bellos nombres divinos, a modo de tesoro oculto que desea ser conocido, como reza el hadiz. Y las cosas del mundo reflejan temporalmente los atributos divinos, o, mejor dicho, son sus receptáculos, de la misma manera que los actores reflejan durante su función las distintas facetas del carácter humano.

Respecto al dramaturgo madrileño Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), se analizan de forma breve en el presente estudio sólo dos de sus autos sacramentales más conocidos, eso es, *El gran teatro del mundo* y *El gran mercado del mundo*, así como el drama filosófico *La vida es sueño*. La intención, una vez más, es aportar luz para llegar a una mayor profundidad en la comprensión de los principios comunes al teatro shakesperiano, calderoniano y a los textos sufíes. Calderón tenía la habilidad para convertir en personajes a las pasiones mismas, haciéndolas hablar y poniendo de manifiesto el carácter simbólico del mundo. Y puesto que el lenguaje de la alegoría y del símbolo es terreno compartido por las distintas tradiciones, no parece que el hecho de que fuera sacerdote católico aparte de dramaturgo sea un impedimento para establecer claros paralelismos con el esoterismo basado en las fuentes coránicas.

Puesto que para el presente estudio se van a utilizar tanto textos de la obra shakesperiana y del teatro calderoniano como los textos escriturarios del sufismo (Corán, hadices y textos sufíes), es necesario señalar de entrada una diferencia radical entre ambos tipos de escritos. Es obvio que las tragedias y comedias de Shakespeare son pura ficción, quizá inspiradas en algunos hechos de la época, pero en esencia son fruto de la imaginación literaria del dramaturgo inglés. En cambio, en el Corán, por ejemplo, se narra la historia profética tal como según la tradición sucedió en realidad, y por tanto, los acontecimientos históricos toman un carácter simbólico que permite la reflexión profunda sobre la estructura de la realidad.

Es decir, los acontecimientos dramáticos de las historias inventadas por Shakespeare y por Calderón tienen el objetivo de mostrar las entretelas del alma humana, sus pasiones, vicios y virtudes, donde el lector o el espectador puedan reconocerse, pues el teatro hace de espejo. Sin embargo, muchos detalles de la acción dramática podrían ser de otro modo sin que en esencia la obra cambiase. La grandeza de Shakespeare está no sólo en las historias bien tramadas, sino quizás sobretodo en un uso magistral del lenguaje que insinúa grandes misterios de la sabiduría en medio de situaciones cotidianas. Pero la acción dramática en sí no es simbólica a un nivel profundo. En cambio, en los acontecimientos de la vida de los profetas que narra el Corán, los acontecimientos no podían suceder de otra manera, y esta manera exacta, por así decirlo, es lo que permite una interpretación simbólica de los mismos.

La historia profética es así la historia del alma, y entenderla a nivel simbólico es entender también el proceso espiritual del ser humano. Las historias inventadas por Shakespeare insinúan el universo del conocimiento esencial, que tiene

sus raíces en la revelación profética, y que se manifiesta en el plano humano. Sin embargo, a la luz de la cosmovisión aportada por los profetas, el estudio y conocimiento de las pasiones, que Shakespeare conocía tan bien, sube de nivel y pasa de la interpretación meramente psicológica a una lectura en clave metafísica que nos sitúa en una perspectiva más elevada. Aquello que el dramaturgo inglés solo insinúa en pasajes dichos en momentos dramáticos o en medio de situaciones cómicas, se amplifica bajo el prisma de la visión del sufismo.

Y no sólo esto, sino que el sufismo, por ser especialmente práctico, ofrece un camino para realizar los altos valores humanos. Si los textos shakesperianos tienen como misión sacudir las conciencias y hacer de espejo a la propia alma, un método espiritual como el del sufismo, esencialmente operativo, tiene como misión fundamental el de la realización espiritual, es decir, el de hacer reales y efectivos los altos valores humanos, los mismos que los ficticios personajes shakesperianos encarnan en mayor o menor medida, y que son ni más ni menos que los bellos nombres divinos. Estos esperan, desde el estado de potencialidad, a ser actualizados, como la semilla que debe convertirse en árbol. Sin embargo, como se verá, no todas las semillas están destinadas a ser un árbol de esplendorosos frutos, pues las hay también destinadas a ser malas yerbas que habrá que extirpar para que no roben la preciosa agua de la vida.

Este libro se terminó de escribir en el año 2016, durante la celebración del 400 aniversario de Shakespeare, coincidiendo con el de Cervantes. Ambos autores conocían el valor incalculable de las historias para mostrar algo que no puede ser simplemente explicado. Los misterios del alma humana se desvelan en la acción dramática y en la relación entre los personajes. En sintonía con esta habilidad para las historias

se citarán en las páginas que vienen a continuación textos de grandes sufíes, como Jalaluddīn Rūmī, cuya obra magna, el *Maṭnawī*, está repleta de historias, inventadas algunas y basadas otras en la vida de los profetas, pero todas al servicio de hacer visible lo invisible, de hacer capaz al alma de captar lo infinito a través de lo finito.

Otro gran sufí que se citará a menudo es Ibn ‘Arabī, el maestro sufí de la Murcia andalusí del siglo XII conocido como ‘el maestro más grande’ (*Ṣayh al-Akbar*), cuya monumental obra es quizá la mayor aportación hecha jamás a la comprensión del misterio de Dios; es decir, su obra es, según no pocos expertos, la cima del pensamiento metafísico humano. Ibn ‘Arabī fue un viajero incansable, y sembró semillas que todavía hoy siguen dando frutos, y quizás ahora más que nunca está llegando el momento de ahondar en su pensamiento, pues aunque era musulmán y sufí, su pensamiento es el más inclusivo de todos; su corazón, según dejó escrito, era capaz de adoptar todas las formas. Quién sabe si Shakespeare leyó sus escritos o los de Rūmī, pero, sea como fuera, todos ellos eran instrumentos al servicio de la misma verdad que desde tiempos inmemoriales se va transmitiendo e iluminando los corazones.